

PARA UNA TEORÍA GENERAL DE LA POLÍTICA

José María Medrano, EDUCA, Buenos Aires, 2012, 379 págs.

Julio M. Ojea Quintana

Como surge de su título, la obra tiene un objeto determinado. Trata sobre un sector de la realidad, la política, caracterizada como *la actividad o práctica humana social especificada por estar esencialmente ordenada a la formación, integración y dirección de las sociedades relativamente autárquicas y soberanas, dotadas de gobierno propio, hoy llamadas “Estados”, y a los bienes humanos comunes que solo ellas pueden alcanzar, principalmente mediante el ejercicio del poder*. Y lo hace con un propósito también determinado, a saber, contribuir a una *teoría general* de la política así considerada. No trata pues sobre la política tal como puede llegar a manifestarse en espacios o momentos concretos ni sobre aspectos particulares de la misma, sino sobre la política en general; sobre los “temas recurrentes”, al decir de Bobbio (¿qué es la política?, ¿qué saberes versan sobre ella?, ¿qué relaciones guardan la política y los saberes políticos con otros ámbitos de la actividad y de los saberes humanos?, ¿qué virtualidad tiene todo ello para orientar y dirigir la acción política?), y de ese modo sobre el núcleo que integra y da unidad a la diversidad de los fenómenos denominados políticos. En suma, una teoría que busca reflejar lo universal y necesario que hay en la política. Por cierto, sin pretender resultados definitivos. Por ello el título comentado antepone la preposición *para*, indicando así que se está ante una contribución o aporte a una teoría general de la política que nunca será completa dada la complejidad y el dinamismo de la realidad que constituye su objeto.

La sola mención de los cinco capítulos que componen el libro ilustra sobre la dimensión y el alcance del empeño: 1º) Bases y puntos de partida. 2º) La política y lo político. 3º) El Estado. 4º) Las especies del saber político. 5º) Entorno y significación de la política.

El primero de esos capítulos, de carácter introductorio, adopta el título alberdiano *bases y puntos de partida*; y lo hace con acierto en tanto aborda factores que si bien exceden la política están presentes en ella de manera relevante, por lo que su comprensión exige necesariamente la consideración de esos factores. El autor reclama así tomar conciencia de ellos. *Conciencia lingüística*, pues en la política hay y es lenguaje y discurso, con marcadas particularidades, entre otras el acentuado carácter multivalente y polisémico de las palabras que se emplean. *Conciencia antropológica*, pues la vida humana es en definitiva el escenario de la política, de suerte que lo que el hombre es y la idea que se tenga de él están en la base de la actividad y el saber políticos. *Conciencia cultural*, pues la política es una forma de vida que se desarrolla en un marco cultural que le da su impronta y es a su vez influido por ella. *Conciencia cosmovisional*, pues en la política coexisten de hecho distintas concepciones del mundo, en forma explícita o implícita y con frecuencia en pugna, que inciden en ambas faces de aquélla, agonal y arquitectónica. *Conciencia histórica*, pues la política, como la vida del hombre, transcurre en el tiempo; y si bien su naturaleza permanece, el desenvolvimiento de la misma acontece en esa dimensión temporal, lo que exige tener en cuenta el pasado para comprender y actuar en el presente y proyectarse hacia el futuro. *Conciencia epistemológica*, en fin, que asuma la complejidad del conocimiento en general y de la política en particular, considerando sus distintas dimensiones, los diferentes saberes con los cuales es posible conocerla y el sentido teórico y práctico de ese conocimiento.

Tales tópicos remiten a problemas que trascienden la política, cada uno con su propia historia y su propio desarrollo; pero posee especial interés la forma en que el autor los presenta, ofreciendo una relectura de los mismos en forma sistemática y sobre todo integrada a la política, a modo -como ya lo destacué- de *bases y puntos de partida* para una mejor comprensión de esta última.

Los dos capítulos siguientes son, si se quiere, los capítulos centrales del libro, por referirse a la realidad política misma: *La política y lo político* y *El Estado*.

El primero de ellos comienza con el inevitable análisis semántico de la voz política, mostrando sus distintas acepciones, amplias y restringidas, encomiásticas, peyorativas y neutras. Se detiene luego en el análisis

conceptual, que lleva al autor a la definición de la política transcrita al inicio de esta nota. Subraya así que la diferencia específica reside en la referencia al Estado y no en alguno de sus elementos particulares o rasgos relevantes; distingue entre la noción propia de política y aquellas meramente derivadas; dialoga y confronta con otras conceptualizaciones, como las formuladas por autores de la talla de Carl Schmitt, Julien Freund y Chantal Mouffe; y muestra como la política en sentido propio se traduce en políticas o cursos de acción en torno a distintos asuntos públicos, económicos, militares, educativos, etc. Finalmente, destaca como *la* política conduce a *lo* político, como conjunto de cosas políticas, formando un *universo político* complejo cuyos componentes y mutuas relaciones se analizan con amplitud.

Al referirse al Estado, como marco dentro del cual se desarrolla la política, el autor se inclina por un concepto total y amplio, no limitado a alguno de sus elementos ni a una formación histórica determinada, como serían en el primer supuesto el gobierno y en el segundo el Estado moderno. De ese modo, caracteriza al Estado como la *sociedad global, relativamente autosuficiente y soberana, dotada de gobierno propio, orientada hacia el bien común*. Sobre esa base aborda temas clásicos, entre ellos la realidad del Estado, cuestión metafísica pero preñada de implicancias prácticas; el concepto y desarrollo de la soberanía; el Estado como institución y su actividad a través de poderes, órganos y funciones. Y concluye con un meduloso análisis causal del Estado, inspirado en la filosofía de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Pero interesa destacar que no limita este análisis a una explicación abstracta de las cuatro causas, o cinco como interpreta el autor: material, eficiente, formal, ejemplar y final, ya que el estudio de cada causa es hecho con especial referencia a las cuestiones políticas que ellas implican. Así, al tratar la causa material aborda distintos problemas vinculados a la población y el territorio; al tratar la causa eficiente examina las antiguas y siempre actuales disputas acerca del origen absoluto del Estado; al tratar la causa formal se detiene en sus dos aspectos, el poder y el derecho, ahondando en sus respectivos fundamentos y relaciones, así como en sus efectos en la comunidad política; y al tratar las causas ejemplar y final muestra no solo sus respectivas nociones y relaciones sino también su importancia causal en la vida política concreta como movilizadoras de quienes actúan en ella, de manera diversa pero asociada.

Analizada en esos términos la realidad política misma –la política y el Estado– el capítulo siguiente se refiere al saber sobre esa realidad: ¿es posible y con qué alcance conocer la realidad política?, ¿a través de qué disciplinas?, ¿cómo integrar y articular esos conocimientos?, son algunos de los interrogantes planteados por el autor. Y así, luego de detenerse en problemas y controversias relativos al estatuto del saber político y en algunos de los paradigmas existentes, insiste en la legitimidad e importancia de dos saberes, distintos y complementarios: la ciencia política *clásica* y la ciencia política *empírica, moderna o positiva*, la primera dirigida a la esencia de la política, a lo universal y necesario que hay en ella, y la segunda a los fenómenos tal como acontecen y se presentan en la experiencia política.

A su vez y como el título lo indica, el último capítulo de la obra trata sobre el entorno y la significación de la política. Partiendo de la base de que la política, como actividad y como saber, no existe en el vacío y aislada sino junto a otros ámbitos humanos con los cuales guarda estrechas relaciones, se detiene en el análisis de algunos de esos ámbitos y sus vínculos con la política. Y así, por considerarlas especialmente significativas, analiza las relaciones de la política con la ética, la educación y la economía.

El resumen precedente busca mostrar la amplitud y el orden interno de la obra, pero es necesariamente esquemático y simplificado. Evidenciar en mayor medida la riqueza del trabajo exigiría analizar el abordaje que en él se hace de cada uno de los temas, y ello no es posible en esta presentación. Solo a modo de ejemplo se destacan los siguientes.

El llamado a la *conciencia lingüística*, pues en la política hay y es lenguaje y discurso, sobre todo en tiempos como el nuestro, saturados de relatos y contrarrelatos, en los cuales con frecuencia Babel sustituye el diálogo e impide el consenso. El autor explica como en la política las palabras son multivalentes, con distintos significados; como más que conceptos o juicios acerca de las cosas expresan mentalidades, actitudes, pasiones, intereses e intensiones; como cambian históricamente, según épocas y circunstancias; y como integran la acción política misma, como instrumentos de poder, lo que explica la suerte de lucha por la apropiación de las palabras y los relatos.

Como ya se indicó, Medrano defiende como noción propia de la política aquella que pone su diferencia específica en la referencia al Estado,

concebido éste, a su vez, en sentido total y amplio. No la define entonces por alguno de sus elementos, como el gobierno, ni por alguna de sus características particulares, como la tensión amigo-enemigo. En este punto lleva a cabo una excelente síntesis y valoración crítica del pensamiento de Carl Schmitt, Julien Freund y Chantal Mouffe; y sin desconocer la efectiva presencia del conflicto en la política, muestra como en ella hay también un bien común a perseguir y posibilidad de diálogo, colaboración, consenso y reconciliación para lograrlo, al menos en cierta medida; en definitiva, posibilidad de una política abierta a la razón y a los valores.

Finalmente, el bien común. Tratado al efectuar el análisis causal del Estado, como causa final, su centralidad es evidente en tanto responde a la pregunta acerca del sentido último de la vida política y juega en definitiva como causa de la causalidad de todas las otras causas. De ahí que, frente al actual *malestar* de la vida pública, Medrano llame a *tomar en serio el bien común*. Para ello propone un programa tan exigente como necesario, que incluye una *semántica del bien común*, una *metafísica del bien común*, una *antropología del bien común*, una *sociología del bien común*, una *ética del bien común*, una *política del bien común*, una *justicia del bien común*, unas *técnicas del bien común* y una *prudencia del bien común político*. Y así, un tema abstracto y complejo como es el concerniente al bien común, recupera vida y realidad.

Como ya se indicó, el propio autor advierte que su libro es un aporte *para* una teoría general de la política, que nunca será completa dada la complejidad y el dinamismo de esta realidad. En cierta medida, la ausencia de algunos temas es pues inevitable, así como la distinta relevancia atribuida a unos y a otros. Al respecto, solo a título de ejemplo y sin desconocer ese margen de relatividad, tal vez hubiera resultado de interés un mayor detenimiento en la filosofía política anglosajona contemporánea al examinar las causas del Estado, en la cuestión de la clase política al estudiar el poder y en la violencia al abordar el problema de la relación de la política con la ética, como también un abordaje de esa relación con la religión, relación esta última que al margen de toda mirada confesional se muestra como dato estructural, históricamente constante y de estricta actualidad. De todos modos, ninguno de estos interrogantes –para los cuales el autor tendrá seguramente una explicación– es esencial ni resta importancia a la obra.

Es que, en definitiva, ella es un fruto maduro del trabajo intelectual desarrollado por Medrano durante décadas en la investigación y la docencia universitarias –en él estrechamente unidas- con seriedad y constancia ejemplares.

No es un libro fácil; no admite lecturas rápidas y exige dedicación y estudio. Podrá ser leído por alumnos y personas interesadas en la política, pero sobre todo por estudiosos de la materia. Para algunos, tal vez resulte complejo o fatigoso habida cuenta las frecuentes precisiones semánticas con recurrentes citas del diccionario y la utilización de un lenguaje y categorías conceptuales filosóficas de acentuado tecnicismo. Pero ello debe ser visto como precio razonable para lograr el rigor buscado por el autor ante las complejidades del lenguaje político y la necesidad de ofrecer conocimientos no meramente aproximativos sino de estricto carácter científico.

Medrano se nutre de la filosofía de Aristóteles –“maestro de los que saben”, al decir de Dante- y de Santo Tomás de Aquino; y ciertamente, el libro evidencia la fecundidad de esa tradición, debidamente integrada con aportes posteriores, para comprender la política en lo que tiene de universal y necesario. Como lo fue en su momento la “Teoría del Estado” de Arturo Enrique Sampay, no es exagerado concluir que este libro de Medrano constituye un nuevo jalón –“persona, cosa o hecho clave y fundamental”, según el Diccionario de la Lengua Española- en la línea del pensamiento político inspirado en aquella filosofía.